



El cementerio de los recuerdos rotos

Silvia Ibañez Cambra

Índice

Dedicatoria

Primera parte
Cementerios

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Segunda parte Muerte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Tercera parte Reflejos

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Agradecimientos

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A mi gran familia.
En especial, a mis padres, a Sofía,
a Martina y a la pequeña Jazz*

Primera parte

Cementerios

Introducción

La historia que me escogió a mí para ser vivida tal vez no sea la mejor, pero es la mía, y la que me llevó al laberinto al que estaba destinado sin ni siquiera saberlo. Sin ella nunca hubiese sido escritor, sin ella yo no sería quien soy, empezando por algo tan simple como mi nombre y acabando por algo tan complicado como las personas que nos rodean y nos ayudan a crecer y a ser quienes somos; de esta forma, su historia forma parte de la tuya en este mundo, en el que, estoy convencido, nada pasa porque sí. Pero detrás de las historias que encuentran a su dueño, están las historias que vagan sin encontrarlo nunca y que acaban viviendo en la absurda y perpleja mente de un escritor solitario, encontrando un lugar perfecto mientras esperan, revoloteando, a que ese escritor las encuentre y las escriba en un pedazo de papel. Tal vez sean estas las auténticas historias, las que sobreviven siempre y por siempre al paso del tiempo, las que son vividas plenamente no solo por una persona, sino por cientos y, con suerte, por miles. Cada vez que un lector posa sus ojos en ella mientras la lee, la hace suya, y de nuevo es vivida en la mente de alguien. Las historias que encuentran a su dueño, una cara y un cuerpo para ser vividas, se olvidan tarde o temprano, están condenadas a desaparecer con el último aliento de la última persona que te recuerda, pero las que acaban reflejadas en un libro no se olvidan.

En una ocasión, alguien me dijo que los escritores son egoístas. Como tal, quiero que mi historia no se olvide ja-

más. Por ello, la escribo aquí, en estas páginas. Así que hacer que no se pierda te toca a ti.

Solo ahora me doy cuenta de hasta qué punto llegamos a vivir de los recuerdos. Tal vez sean ellos los que nos impulsan a seguir adelante. Unos recuerdos que seguramente no son como los rememoramos. Seguramente serán apenas un reflejo de lo que en realidad fueron. Estamos condenados a vivir en un cementerio de reflejos. Tal vez sea mejor así. Quizá deba ser así. Quizás un recuerdo certero sea demasiado duro para que el alma lo soporte y, sin darnos cuenta, lo transformamos para que sea más agradable, para que sea como nos hubiera gustado que fuese. Pero, a veces, tu pasado y tus recuerdos son una daga clavada en tu espalda y, aunque te empeñes en olvidarlos, se convierten en tu maldición. La maldición que te consume las vísceras hasta que ya no queda nada. Entonces alguien te pide que escribas una historia, y aprovechas la ocasión para limpiar tu alma y poder vivir en tu propio cementerio de reflejos. Tu historia. Para evitar vivir de recuerdos falsos existen los libros.

En una ocasión le dije a un editor que cuando escribes debes conseguir que el lector se enamore del personaje principal, que odie a su enemigo de la misma forma que él lo hace y que llore cuando muere quien no lo merece. Lo que olvidé decirle entonces, debido a mi escasa edad e inocencia, fue que el amor es y será siempre el tema por excelencia en una novela, y si lo unes a la venganza, la muerte y el pasado, puedes crear una bomba de relojería a punto de explotar. Esto lo sé ahora. Ahora que ella ya no está conmigo después de tantos años juntos. Me pidió con su último aliento que escribiese nuestra historia y se la mostrase al mundo entero para que sobreviva a nosotros, a las décadas e incluso a toda la eternidad. Cuando acabe de escribir las últimas páginas de esta historia y del misterio que descubrí gracias a ella, ya no tendré nada que hacer en la tierra y esperaré paciente mi hora para marcharme con

ella. Este libro no es otra cosa que una historia escrita con egoísmo para que, pasando de lector en lector y de mano en mano, ella y mi propio cementerio de los recuerdos rotos nunca se pierdan.

Qué sería de este mundo sin la imaginación que nos brinda nuestro cerebro. La mente de los escritores está plagada de historias y cuentos que revolotean hasta que adquieren la forma adecuada y son lanzados al mundo. Los escritores vendemos historias, las mismas que hemos robado al tiempo y a sus propios dueños. No somos más que una raza aparte de la especie que llamamos «humanidad». Una raza que pretende escapar del mundo que se presenta ante ellos y modelarlo a su gusto. Con suerte, consiguen que alguien los acompañe: sus lectores, que, en cierto modo, son tan culpables como el escritor de robar la historia que tienen entre sus manos, página tras página. Y llegan incluso a creer que es suya y que siempre lo será por el hecho de guardar el libro en una vieja estantería que va llenándose de polvo con los años. Hasta que cae en otras manos, y la historia robada regresa y es rescatada del polvo y del olvido.

1

Mi padre me levantaba temprano, como yo le insistía, en vez de dejarme dormir, todos los sábados para acompañarle a la tienda que yo llamaba «la tienda mágica», debido a todos los tesoros que, a mis ojos, albergaba. Me despertaba entre susurros que mis oídos no querían oír ni la primera ni la segunda vez. A la tercera, al estar algo más espabilado, aceptaba levantarme con el sueño cubriendo mis párpados legañosos, sabiendo las fantasías que me esperaban nada más entrar en la tienda. Como podía me vestía, normalmente poniéndome del revés alguna prenda que mi padre, sonriente, atinaba a ponerme derecha después del desayuno. Me miraba con la ropa puesta en su lugar y, arrodillado frente a mí, me decía:

—Hoy va a ser un sábado mágico, la tienda nos espera.

Cada vez que escuchaba esas palabras me llenaba de alegría, esperando más ansiosamente la llegada al lugar. Me cogía de la mano y, a veces hablando por el camino y otras en un silencio total, paseábamos por las calles solitarias, cruzándonos de vez en cuando con algún amigo o conocido de mi padre que nos saludaba con la cabeza agachada o alguna sonrisa perdida en las sombras del tiempo. Recuerdo mañanas oscuras al ser tan temprano, sin que el sol apenas se asomara a saludarnos antes de llegar a la tienda, y otras bañadas de agua fría y solemnidad. Nos veía a los dos caminando por la Gran Vía hasta llegar a Fernando el Católico. El establecimiento era de un tamaño mediano, pero, con la fantasía que ocupaba la mente imaginativa de un niño, se me hacía enorme, sin fin. Cada vez que traspasaba las puertas volaba lejos de allí. Me escondía en

un rincón y miraba todos los objetos que no podía tocar, pues mi padre me decía que se rompían fácilmente. Eso los hacía más irresistibles todavía. La tienda tenía objetos extraños de todo tipo. La gente los compraba como regalos, pero para mí eran auténticos tesoros. Tesoros de algún barco naufrago que misteriosamente habían ido a parar a la tienda de mi padre.

Recuerdo el enorme llavero que mi padre sacaba de su bolsillo. Encontraba rápidamente la llave más grande de aquel manajo de hierros y la introducía en la cerraja, a la que le hacían falta como dos litros de aceite de engrasar porque cada vez que giraba parecía el chillido de un bebé recién nacido. Abría la puerta y, en la penumbra grisácea llena de destellos polvorientos, sentía como la tienda me daba la bienvenida. Inhalaba abiertamente, disfrutando el olor a magia de aquel lugar que, aunque por una parte consideraba mío, por otra se me hacía extraño y misterioso, como si ocultara un secreto en algún rincón, aún sin explorar por mi mano, que esperase el momento para contármelo al oído. Los muebles y objetos se dejaban entrever en la penumbra con un halo de misterio acechando en cada esquina, en cada silueta, en cada sombra. Solo por aquella sensación de los primeros segundos al traspasar la puerta, merecía la pena el madrugón. En ese instante, las luces se encendían y dejaban ver cada objeto. Figuras de hadas con sonrisa burlona, duendes con malicia, gnomos, diablos, ángeles, cajitas de música que para mí habían llegado directamente del mismo cielo hasta allí. Relojes de pulsera, de pared, antiguos y modernos, abanicos sombríos para quien quisiera esconder su rostro al mundo tras ellos, y de colores chispeantes para quien sonreía a la vida. Sombreros, abrecartas, sellos, carteras de piel... y un sinfín de objetos más. Pero mi lugar favorito estaba un poco más escondido: la sección de libros. Variados: infantiles y no tan infantiles. Dramas antiguos y romances que con mi corta edad no al-

canzaba a comprender, pero que me empeñaba en leer una y otra vez con el fin de entenderlos.

—No te preocupes, hijo, ya los entenderás —decía mi padre al verme con cara triste y pesadez tras pasarme horas leyendo libros que no estaban escritos para un niño.

Yo sonreía pensando que nunca podría entenderlos verdaderamente.

—Toma, este libro era de mis preferidos cuando era niño —dijo tendiéndome uno arrugado en cuya cubierta podía leerse *Peter Pan*—. Mi padre me lo leía cada noche. Este sí lo entenderás y además te gustará mucho. Los otros déjalos para cuando seas mayor.

Cogí el ejemplar con desgana, aunque fingiendo interés, y miré la tapa. Parecía que lo hubieran sumergido en agua con lejía, pues estaba arrugado y descolorido. Ojeé mínimamente los dibujos de su interior, que estaban igual de descoloridos, y me decidí a leer la primera página. Mi padre tenía mucha razón. Ese libro sí estaba hecho para mí. Comencé a leer y, cuando me di cuenta, la voz de mi padre me llamaba para que me pusiera el abrigo: ya era hora de ir a casa a comer. Obedecí y escondí en uno de los bolsillos el cuento que me había llevado a otro mundo durante unas horas de la mañana. Me senté en una silla frente a mi padre y observé cómo ordenaba el mostrador, dejando cuidadosamente cada cosa en su sitio, casi matemáticamente. Creo que aquella fue la primera vez que adiviné que mi padre no era el mismo en la tienda que en casa. En la tienda, bien estuviera detrás del mostrador o atendiendo a alguien, parecía sentirse a gusto, parecía estar feliz, viviendo en su mundo, regalando fantasías y sueños imposibles plagados de hadas y diablos. Se erguía y, con una sonrisa nada forzada pintada en los labios, que no perdía durante sus horas en la tienda ni por un instante, era diligente en su trabajo y disfrutaba con él. Pero en cuanto salíamos por la puerta, en cuanto las luces se apagaban y la cerraja se quejaba al cie-

re, se encorvaba y envejecía diez años. Con una boca triste y los ojos sin vida me cogía de la mano y me decía:

—Despídete de la tienda hasta el próximo sábado.

Yo la miraba y tras cinco segundos le decía a mi padre que ya me había despedido y que me había contestado que me esperaría con impaciencia. Me acariciaba el pelo, me cogía de la mano y nos encaminábamos a casa con la cabeza agachada. En el trayecto nos cruzábamos con gente poderosa, como solía decir mi padre, a los que se distinguía fácilmente del resto de los trabajadores como nosotros por las ropas que lucían: trajes de seda, guantes impecables, sombreros y bastones señoriales con el mango de oro. Las señoras distinguidas lucían vestidos que yo no me atrevía casi a mirar por temor a romperlos. Pasábamos frente a una tienda que tenía lo que para mí y para cualquiera eran auténticos manjares que parecían venidos de algún país existente únicamente en los libros de fantasía: pasteles, merengues, conos de chocolate, manzanas asadas, cuencos rebosantes de nata, caramelos y un sinfín de maravillas que te hacían viajar lejos de allí solo con el olor que salía de aquel lugar cada vez que se abría la puerta.

—No te preocupes, Miguel —me decía mi padre—. Algún día entraremos y te compraré lo que te apetezca.

Yo miraba el escaparate estupefacto, sin saber si verdaderamente la tienda estaba ahí o solo me la estaba imaginando.

Llegábamos a casa y mi madre, sin apenas mirarnos, nos decía que la comida estaba preparada. Nos sentábamos juntos, como si fuera un ritual ancestral. Observaba a mi padre. Lo veía mirar a mi madre buscando algo en ella que parecía haber perdido. Ella, con la mirada perdida en el plato aguado de sopa, que sabía más a sal que a cualquier otra cosa, y con algún fideo flotando sin rumbo a la espera de encontrar la cuchara, permanecía inerte, perdida en su cabeza, sin hablar prácticamente nada y sin mirar a nadie, ni a su hijo, que necesitaba el amor de su madre, ni